

El volantín tricolor y el conejo con hipo



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

El volantín tricolor y el conejo con hipo

Fernando Olavarría Gabler

Había llegado la primavera. Corrían brisas de septiembre con perfumes de flores y los pajarillos construían sus nidos.

La familia de Federico decidió hacer un picnic en el campo. Partieron todos felices. A Federico le habían comprado volantines e hilo para encumbrarlos. El papá le puso los tirantes a uno que era una hermosa bandera chilena. El Sol brillaba intensamente en la pradera que habían elegido. Ésta estaba rodeada de bosques.

Federico sostuvo con las manos en alto su volantín mientras el papá mantenía el hilo tirante a cierta distancia. Entonces le ordenó al niño que lo soltara. La brisa era apropiada, y el volantín se elevó



elegantemente mientras el papá soltaba más hilo y la carretilla giraba con rapidez en el pasto. El niño corrió hacia el papá y éste, al constatar que el volantín estaba estable y no hacía círculos para caer, le entregó el hilo a Federico y le dio instrucciones para que hiciera pequeños y repetidos tirones y así mantenerlo a una buena altura. El papá fue donde estaba su familia. Lo invitaban a comer una empanada y a beber un vaso de vino.

Como la brisa aumentaba Federico le aflojó hilo y el volantín se elevó más y más hasta que de repente... sin causa explicable, se cortó el hilo y el volantín se fue zigzagueando despidiéndose de su amo. El niño con gran angustia lo veía cómo se alejaba. Entonces echó a correr detrás de él. El volantín iba lentamente, siempre zigzagueando, hasta que se perdió de vista por encima de los árboles del bosque. Federico seguía corriendo con la cabeza en alto sin escuchar los gritos de mamá que lo llamaba, ni los de papá que le traía

otro volantín. Continuó corriendo a través de los árboles, entonces se dio cuenta de que se había perdido; muy triste decidió volver pero no logró llegar al prado. Y empezó a lloriquear. En esos momentos oyó un ruido detrás de él. Era alguien que tenía hipo.-Hip, hip, hip-. El niño dio media vuelta y se encontró ¿saben con quién? ¡Con un conejo! Un conejito de color marrón que lo miraba asustado y se tapaba el hocico con sus dos patitas.

-Vi pasar tu volantín- ¡Hip!- dijo el conejo.

-¿Sabes dónde cayó?, preguntó el niño.

-Hip- no sé, pero me imagino que no está muy lejos de donde estamos. Si deseas puedo acompañarte a buscarlo. ¡Hip!

El niño aceptó feliz la invitación. Tenía compañía en el sombrío bosque. Empezaron a correr por entre los árboles. El conejo iba adelante y atravesaba matorrales por donde Federico no podía pasar y esto hacía que el conejo se detuviera de trecho en trecho para

esperar al niño. Federico lo ubicaba por el hipo que no cesaba de molestar a su amigo. Cuando lo alcanzó, se puso a descansar al lado de él y le preguntó por qué tenía hipo.

-A veces me viene cuando he comido mucha menta, y también cuando sufro una emoción fuerte- respondió el conejito. Cuando oí tus pasos en el bosque pensé que se trataba de un perro y me asusté mucho. Pero eras tú. Hip. Ya se me pasará.

El niño y el conejo caminaron un buen rato por el bosque y el volantín no se encontraba. El conejo decidió que era mejor salir de allí y llegar a la pradera porque así podrían descubrirlo tendido en el pasto. En eso estaban pensando cuando Federico divisó unos pequeños seres transparentes del tamaño de su amigo el conejo, que aparecían, no entre los troncos, sino a través de ellos. Miró al conejo preguntándose con temor de qué se trataba aquello, pero el conejito sonreía complacido.



-Son mis amigos los elfos- respondió. Son tan simpáticos que se me pasó el hipo.

En efecto, eran mujercitas y hombrecitos que ya no se veían transparentes porque estaban vestidos con delicados ropajes similares a los pétalos de las flores. Rodearon al niño alegremente y le dijeron:

-Tu volantín ya no está en el bosque ni en la pradera. Está en el Palacio de Cristal Multicolor.

-¿En el palacio de qué? Preguntó el niño.

-Es un palacio que está en una colina- explicó el conejo. Para llegar donde él tenemos que cabalgar en el caballo que pasta en la pradera.

-¡Sí! ¡Sí! Expresaron los elfos. Nosotros los acompañaremos hasta la salida del bosque. Y se pusieron a cantar alegres canciones y a reír. Tomados de las manos formaron un círculo alrededor del niño y el conejo. Federico se olvidó de que estaba perdido en el bosque, de su

volantín y de sus padres, Sentía una gran felicidad, se puso a bailar con los elfos y todos se fueron cantando y brincando hasta la pradera.

Pero los elfos no continuaron bailando porque pertenecían al bosque y fueron desapareciendo haciéndose invisibles entre los troncos de los árboles.

Federico se encontró con una inmensa llanura que se perdía en el horizonte. Era de un intenso verdor porque estaba bañada por una luz de sol esplendorosa. El aire era puro y daban ganas de respirarlo a grandes bocanadas.

A lo lejos divisaron un caballo que pastaba tranquilamente en ese solitario lugar. Se aproximaron a él, éste alzó la cabeza, los miró serenamente y continuó pastando. A Federico le llamó la atención que sus ojos expresaban una gran bondad. La crin de su cabeza, cuello y cola era rubia, casi blanca y se contrastaba con el color marrón rojizo de su piel.

-Buenos días- saludó Federico ¿Has visto mi volantín?

-Sí. Lo vi, y sé dónde está- respondió el caballo.

-¿Me puedes llevar donde él?

-No hay inconveniente. Perdona, no te respondí el saludo de buenos días porque estaba con la boca llena de pasto.

Diciendo esto el caballo se echó para que el niño se subiera a su lomo.

-¿Estás cómodo y bien sujeto?, preguntó el caballo.

-Sí.

-Agárrate bien de la crin de mi cuello.

-¿Puedo ir yo también? Preguntó el conejo.

-Está bien.

-Siéntate, pero en mis ancas, y que no te venga el hipo porque me harías cosquillas.

-Estoy seguro de que no me vendrá porque me siento feliz al viajar contigo.

Se levantó el caballo, lentamente, con precaución y empezó a caminar por la pradera hacia el horizonte.

Federico iba feliz. El suave y armonioso balanceo del caballo no le provocaba desequilibrio alguno y desde esa altura podía ver el paisaje con gran comodidad. Quiso conversar con su amigo el conejo que iba detrás de él pero no se atrevió porque temió caer. Y así caminaron un buen tiempo.

Era placentero observar esa escena: Un magnífico caballo montado por un niño hermoso y un conejo también muy lindo, simpático, ¡y sin hipo!

A medida que avanzaban, la pradera se veía adornada por pequeñas flores de diversos colores. Las había blancas, azules, rosadas, amarillas y anaranjadas. También había otras más delicadas y escasas, de color violeta y de pétalos verdes que exhalaban un exquisito perfume.



El aroma de las flores, la brisa fresca y pura y los tibios rayos del sol, provocaban una gran felicidad. Entonces el conejito se puso a cantar una canción que le había enseñado su abuelo.

¿Han oído cantar a un conejo? ¿No? Yo tampoco. Era una canción muy linda con gorgoteantes risitas al final de las estrofas. También era contagiosa porque Federico se tentó y empezó a cantar y a reír con gran alegría. Tanto rió que casi se cae.

-Afirmate a mi crin- le recordó el caballo, que también estaba tentado de la risa, y sin poder contenerse lanzó un sonoro relincho parecido a una carcajada.

Se acabó la canción y todos se serenaron.

Allá a lo lejos, sobre una colina, se divisaba un magnífico edificio multicolor semejante a un inmenso establo o granero. El caballo llegó hasta el frontis que carecía de puertas, y entraron.

En el interior reinaba un silencio casi absoluto. Solamente se



escuchaban las lentas pisadas del caballo que resonaban en un piso de baldosas. El cielo de este misterioso recinto era digno de todo asombro. Estaba hecho por múltiples volantines de los más variados y caprichosos colores. Parecían de cristal, estaban unidos en sus aristas o bordes, y formaban una gran cúpula que dejaba pasar la luz del sol. Los cristales brillaban con gran intensidad, como si todo aquello fuera un gigantesco vitral de una catedral. Las luces coloreaban la superficie del caballo y sus acompañantes que se transformaron en mágicos seres, quizás de otros mundos, debido a su variado y extraño matiz. De pronto el caballo se detuvo y le dijo al niño: Allá arriba está tu volantín. En efecto, entre los diversos volantines, ahora de cristal, estaba el de Federico, brillando con su estrella solitaria y sus áreas azul, blanca y roja. El niño lo observaba fascinado. ¡Qué lindo se veía junto a los otros volantines que lo acompañaban! Todos transformados en maravillosos cristales, y sin hilos, porque éstos habían



desaparecido. Sintió que estaba muy bien puesto ahí y no tuvo deseos de recuperarlo.

-¿Cómo se llama el lugar donde estamos?-preguntó el niño.

-“*El Palacio de Cristal Multicolor*” o “*El Pesebre de los Volantines*”, respondió el caballo, y se echó para que el niño y el conejo se bajaran.

-Aquí vivo yo, en este establo. ¿No es realmente hermoso?

-¡Es fantástico!, musitó el niño, apreciándolo con la vista en toda su extensión.

-Dime caballo ¿cuál es tu nombre? Yo me llamo Federico, pero no sé el tuyo.

-Mi nombre es Maravillo.

-¡Qué lindo es tu establo, Maravillo!, exclamó el niño -.
¿Cómo llegó mi volantín hasta el techo de tu casa?

-El hilo de tu volantín no se cortó porque estaba mal fabricado

o porque se encontró con algo cortante en el suelo. Lo cortaron los duendes del pasto. Son pequeñitos, más chicos que las briznas del pasto donde viven. A ellos no les agrada que los humanos les invadan su territorio, especialmente con las máquinas cortadoras de pasto y “orilladoras” que hacen tanto ruido. Así que, cuando vieron que tu familia llegaba a sus territorios, cortaron el hilo de la carretilla para que ustedes se alejaran, pero solamente te fuiste tú y el plan fracasó. Ahora los papás muy angustiados, te están buscando en el bosque.

Federico se entristeció al oír esta noticia y tuvo deseos de regresar.

-¿Cómo puedo llegar hasta ellos?-preguntó.

-Yo no puedo llevarte- replicó Maravillo, pero mi ama sí.

-¿Dónde está tu ama?

-Vive cerca. A la salida del establo hallarás una casa donde ella habita. No es difícil encontrarla, solamente tienes que salir de aquí.

-Yo también me voy- dijo el conejo. La familia está inquieta y mis quince hijos están preguntando por mí. ¡Adiós! Diciendo esto, el conejito echó a correr a gran velocidad y se perdió de vista.

-¿Cómo se llama tu ama?, preguntó el niño.

-A mi ama le dicen *María La Dulce* -respondió el caballo-. Sal por ese arco que está al final y la encontrarás. Súbete a mi lomo que yo te llevaré.

El niño se dirigió a donde le había indicado Maravillo. Era una salida plena de luz blanca y diáfana, sin los múltiples colores reinantes en el interior del establo. Afuera se sentía una paz y una felicidad que lo invadía todo. Frente a él había una casa tan primorosa como en los cuentos de hadas. Estaba rodeada de un jardín pleno de flores. Alrededor de ella, Federico vio almendros, duraznos y manzanos, todos floridos que exaltaban la belleza del lugar. El delicado perfume del jardín llegaba hasta el niño que estaba embelezado contemplando



todo aquello.

De la casa salió una mujer. ¡Qué hermosa! Su rostro expresaba una bondad indescriptible. Y sus ojos ¡Qué lindos! ¡Cuánta dulzura había en ellos! Federico recordó los ojos de su mamá.

-¡Hola Federico! Saludó alegremente.

¿Cómo sabe mi nombre?, pensó el niño.

-¿Quién te dijo que me llamo así?, balbuceó Federico.

- Conozco tu nombre y todo lo que te ha sucedido - replicó la hermosa dama-. Estás cansado y con apetito. Ven. Entra a la casa. Te tengo algo rico para comer.

Federico entró tomado de la mano de la señora que lo invitó a que se sentara en una banca arrimada a la mesa del comedor. Frente a él había un plato de sopa con un apetitoso olorcillo.

-Ahí tienes pan, recién acabo de sacarlo del horno- dijo la señora.

Mientras el niño tomaba la sopa y comía el pan, la dama adornaba un florero con flores que había traído del jardín.

-¿Te gustan los pasteles con crema y los chocolates?, preguntó María La Dulce.

-Sí.

-Están frente a ti.

Federico no los había visto porque antes no estaban allí. Habían aparecido de improvviso o quizás, no se había fijado en ellos.

Se comió los pasteles y algunos chocolates, se limpió con la servilleta pero las manos estaban pegajosas por los pasteles y preguntó dónde podía lavarse las manos. La señora trajo un lavatorio y el niño se enjuagó las manos y la boca y se secó con una toalla.

La señora se sentó en la banca y le dijo al niño: Ahora tienes que descansar. Siéntate en mi falda y trata de dormir. Federico se acurrucó entre los brazos de la bondadosa mujer y trató de dormir.

Pensó en todo lo que le había pasado mientras la hermosa señora cantaba una tierna canción de cuna...

“...duérmete chiquitín que pronto estarás con tus papás...”

...

Despertó en los brazos de la señora, pero no era María La Dulce ¡Era su mamá!, que le sonreía. ¡Qué felicidad! Ambos se besaron y abrazaron con gran cariño.

-Estábamos muy angustiados -comentó la mamá- y le rezamos a la Virgen María para que te encontráramos. Tu papá te tiene un lindo volantín chino para que lo encumbren juntos.

-Mamá, ¿cómo llegué aquí?

-Estabas dormido en el bosque y te trajimos de vuelta.

-Mamá, la próxima vez que me llamen, les haré caso y no seguiré corriendo detrás de un volantín que se le ha cortado el hilo.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Pantalones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Los Saltimbanquis
43. El Volantín tricolor y el Conejo con hipo
44. Adelina